

UNA HISTORIA DE GUERRA, PASIONES
Y TRAICIÓN EN LA SUECIA DE 1940.

EN UN HOTEL

de

Malmö

MARIE
BENNETT



En un hotel
de Malmö

MARIE BENNETT

Traducción de
Rosa Alapont

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

PRIMERA PARTE

1

No era en absoluto así como habíamos imaginado el principio de nuestra carrera militar: acarreados, desde Malmö hasta Norrbotten, en un vagón de ganado. Algunos de nosotros exhibimos una sonrisa socarrona e incrédula, otros parecen incómodos o desasosegados; por mi parte, tengo miedo, pero doy el pego ironizando con los demás, meneando la cabeza con escepticismo.

Sea como fuere, diez minutos más tarde hemos aquí a todos sentados en el suelo mientras el tren abandona lentamente la estación central de Malmö. Somos treinta, apretados como sardinas en lata. El frío es cada vez más intenso y acabamos por apreciar esa promiscuidad, al igual que la fina capa de paja extendida en el suelo. Otros treinta reclutas han subido asimismo al vagón que nos precede, y en el inmediatamente posterior a la locomotora se encuentran los dos suboficiales encargados de conducirnos al norte.

Nadie conoce nuestro destino exacto, pero una cosa es segura, nos dirigimos a alguna parte en la región de Norrbotten. El año 1940 acaba de empezar, hace poco más de un mes que los rusos invadieron Finlandia. Se necesitan hombres para proteger la frontera, con objeto de impedir que los rusos puedan acceder a territorio sueco; resulta fácil extraviarse en un paisaje nevado, donde algunos graneros de heno dispersos constituyen los únicos puntos de referencia.

Las autoridades temen que, llevados de su entusiasmo, a los rojos se les ocurra invadirnos.

Me esfuerzo por permanecer sentado muy erguido en mi sitio. No hay espacio suficiente para extender las piernas. Un soldado debe mantener un porte correcto, de manera que me preocupo de hacer un buen papel. Dirijo una mirada circular en la penumbra. La mayoría de los llamados a filas parecen más jóvenes que yo. Algunos todavía son unos chiquillos, el rostro granujiento y la barba rala contrastan vivamente con sus fanfarronadas viriles. Hay quienes hablan ya abiertamente de «cambiar de bando», es decir, de alistarse como voluntarios para luchar con Finlandia contra los comunistas. Durante largo rato rivalizan en frases patrióticas y actitudes heroicas, y eso pese a que ni ellos ni nosotros, que guardamos silencio, tenemos la menor idea de lo que nos aguarda a la llegada.

Llevo botas de invierno, calcetines de lana, calzoncillos largos y dos jerséis debajo del abrigo. El gorro que Kerstin me ha tejido no es muy bonito, pero con este frío se revela un bien precioso, al igual que la bufanda, los guantes y las polainas forradas que llevo en la mochila. No me apetece participar en la animada conversación de los más jóvenes de nosotros, me limito a observarlos. Reparo en un rostro familiar. Un tipo flaco sentado frente a mí, despeinado, que lleva gafas oscuras; considera a los demás con desdén. Se trata de Axel, fue conmigo a la escuela en último curso: un tipo original que se distinguía del resto de la clase por sus notas deplorables, excepto en sueco y en historia, en los que era brillante. Mientras que yo tuve que dejar la escuela, él continuó hasta bachillerato. Dados sus resultados, es un misterio que

pudiera proseguir. Según las últimas noticias, trabajaba como reportero en *Arbetet*.^[1]

Mi instinto me dice que a nuestra llegada será preferible que evite la presencia de Axel. Recuerdo que era pésimo en deportes y que no cesaba de desafiar a los profesores en clase de historia. Ahora me está mirando con insistencia: no cabe duda, me ha reconocido. Abro la mochila y finjo buscar algo, hasta que aparta la vista.

Tras varias horas de viaje, el único cambio notable es el descenso de la temperatura. A mi alrededor todos se agitan, algunos se levantan para estirar las piernas y la espalda.

—¿Dónde estamos? ¿Alguien tiene la menor idea?

Un hombre de unos treinta años, ancho de espaldas, de ojos castaños y mirada grave, sentado muy cerca de la puerta, se levanta, la entreabre y echa una mirada fuera. Un aire vivo se cuele en el vagón. Entrevemos un paisaje invernal llano y monótono, sembrado aquí y allá de pequeñas granjas espaciadas y bosquecillos de abetos oscuros con la copa nevada. Podría ser cualquier parte del país. Varios hombres se levantan y miran por el resquicio.

—Tal vez se trate de Småland —sugiere uno de los jóvenes soldados.

Poco después el tren reduce la velocidad y pasa por delante de una pequeña estación rural. Varios de nosotros nos asomamos al exterior para divisar el nombre, pero, al igual que en todas las demás estaciones, lo han ocultado con el fin de engañar al enemigo, una medida necesaria en tiempos de guerra. Finalmente, el hombre ancho de espaldas cierra la puerta.

—No tiene sentido jugar a las adivinanzas. Todavía nos

queda un largo trecho. Si nos detenemos, preguntaremos a alguien.

Es medianoche, las paredes y el techo están cubiertos de escarcha centelleante, nos apretamos unos contra otros para mantener el calor. Si necesitamos orinar, hemos de hacerlo por la puerta entreabierta, contra el viento. Espero el mayor tiempo posible; me parece indigno descubrirme así ante todo el mundo, pero al cabo de un rato ya no puedo aguantar más. Avanzo en la oscuridad, tropiezo con los que están sentados de través en mi camino y me esfuerzo por ignorar sus refunfuños.

Me cuesta abrir la puerta, el hombre de ojos castaños me echa una mano. Tengo los dedos tan helados que no consigo desabrocharme la bragueta; me decido a bajarme los pantalones sin más, exponiendo así mis blancas nalgas a las miradas de todos. Mientras me alivio, trato de no pensar en ello. El chorro humeante dibuja formas irregulares en la nieve del exterior. Me subo los pantalones y miro al cielo, un firmamento tachonado de estrellas como jamás lo he visto en la ciudad. Y de pronto los bosques, oscuros y silenciosos, se cierran sobre nosotros.

Alguien me apostrofa desde el fondo del vagón:

—¡Cierra la puerta, carajo, hace un frío que pela!

Me pongo como un tomate y lucho con el batiente helado. Vuelvo a mi sitio tambaleándome, escoltado por las protestas. Me hundo en la paja, aliviado por el hecho de que mi breve excursión a los servicios haya llegado a su fin, cuando de pronto mi estómago se pone a rugir de hambre. Kerstin quería prepararme unos bocadillos, pero como la mochila ya pesaba mucho, me negué.

—Sin duda habrá con qué comer durante el camino —le respondí—. No creerás que van a dejarnos luchar contra los rusos con el vientre vacío...

Como siempre, hablaba por hablar.

Maldigo mi despreocupación y abro la mochila; tal vez a escondidas Kerstin haya metido alguna cosilla para comer. Hurgo entre la ropa interior, los jerséis, los pañuelos y las polainas, hasta que mi mano encuentra en el fondo un paquetito. ¿Serán bocadillos? Lleno de esperanza, extraigo mi botín. Lamentablemente, solo se trata de una bolsita de caramelos Rey de Dinamarca. Sin duda, Kerstin se dijo que podría necesitarlos, allá en el norte, si me entraba dolor de garganta. ¡Menuda decepción!

Me apresuro a abrir la bolsita y engullo un puñado de caramelos. Su sabor levemente dulce y anisado me aplaca de momento el hambre, pero apenas me he recostado en la pared para relajarme, alguien me tira de la manga.

—¿Se puede probar?

Trato de ocultar la bolsita a la espalda, pero ya es demasiado tarde. Mi vecino, un joven pelirrojo de rostro salpicado de pecas, con el que hasta el momento no he intercambiado palabra, me mira con avidez; otros han comprendido también de qué va la cosa. Sus ojos golosos me miran con intensidad y, aunque maldigo para mis adentros, sonrío a fin de no parecer mezquino. Entrego la bolsita al pelirrojo.

—Por supuesto. Sírvete.

Me siento obligado a ofrecer a los demás y, cuando la bolsita vuelve a mí, está vacía. Dolido, la estrujo haciéndola una bola y me la guardo. El pelirrojo observa con atención mis movimientos —tal vez espera ver salir de mi mochila otras golosinas— y luego me tiende la mano para presentarse.

—Harald Möller, estudiante. Es un gesto simpático que los hayas compartido.

Le dirijo una mirada furtiva y mi primera impresión se confirma: ese espárrago larguirucho de aspecto vulgar procede a todas luces de la clase obrera y carece por completo de experiencia militar. Lo saludo con la mayor indiferencia posible.

—Georg Lindkvist, capataz.

Me incorporo y le estrecho la mano con firmeza.

—¿Capataz? ¿Dónde?

Me saco un paquete de cigarrillos del bolsillo, enciendo uno y expulso el humo en su dirección. Esta vez no pienso compartirlo.

—En la Compañía del Azúcar.

Doy unos golpecitos en el cigarrillo para hacer caer la ceniza; luego añado que mi mujer trabaja en la Colonial y de inmediato lo lamento. Está claro que el tal Harald Möller no vale la pena y me hace perder el tiempo.

—¿Tu mujer? ¿Así que estás casado? —prosigue con entusiasmo.

Asiento y miro a mi alrededor. Estamos en mitad de la noche y en el vagón la mayoría dormitan. Algo más allá, algunos juegan a las cartas, a la luz vacilante de una linterna colgada del techo.

—¿Hijos?

Aprieto los dientes y aplasto la colilla.

—Todavía no. Somos recién casados —digo evasivo.

No tengo ningunas ganas de hablar de mi vida privada con Harald, y su pregunta inocente me hace recordar la violenta discusión que estalló hace unos días entre Kerstin y yo. Las semanas que precedieron a mi partida fueron muy

agitadas, ambos estábamos de los nervios; de ahí mi arrebatto cuando la sorprendí con el frasco vaporizador.

Un olor a vinagre flotaba en el cuarto de baño. Kerstin estaba de pie en la bañera, desnuda y con las piernas abiertas, vaporizándose en el lugar mismo donde la había besado media hora atrás. Acabábamos de hacer el amor; justo después, se había eclipsado en el cuarto de baño, con el pretexto de lavarse.

Cuando abrí la puerta, se puso colorada de pies a cabeza con aire culpable. No comprendí de inmediato de qué iba la cosa.

—Pero ¿qué estás haciendo?

—Nada.

Bajó la vista y depositó el vaporizador. Me dio la espalda, abrió el grifo y empezó a rociarse con agua fría. Entré en el cuarto de baño y, antes de que tuviera tiempo de impedírmelo, me apoderé del pequeño recipiente. Era de cristal rosa y llevaba una pequeña pera incorporada al gollete. Parecía un frasco de perfume común y corriente. Pero, indudablemente, estaba lleno de vinagre.

—¿Por qué te vaporizas eso entre las piernas?

La voz me temblaba de cólera, empezaba a comprender. Kerstin cerró el grifo, salió de la bañera y se puso la bata, siempre sin mirarme.

—Me he lavado con eso —farfulló—. Unas chicas de la fábrica me lo han recomendado.

—¿Lavarte?

Di un paso al frente y la agarré del brazo.

—Lo cierto es que no querías quedarte embarazada. Pretendías matar al...

Kerstin se liberó y me fulminó con la mirada.

—No quiero quedarme embarazada. No ahora, que tienes que irte, ¿lo entiendes? No sabemos lo que va a ocurrir, ni siquiera cuándo volverás. Todo es tan incierto en este momento... Esperaremos, ¿te parece?

Poco a poco, su voz se había vuelto suplicante; sabía cuánto significaba aquello para mí, hasta qué punto deseaba crear una familia. Nuestra disputa se prolongó más de una hora. Ignoro por qué me resultaba tan doloroso; tal vez me sentía abandonado. Como si, al actuar de ese modo, Kerstin no solo hubiera rechazado al niño, a nuestro hijo, sino también a mí.

Vuelvo a pensar en todo aquello y el tren prosigue su camino, bamboleándose. Ese recuerdo es como una piedra en el zapato, espero que mi rostro no traicione mi desazón. Evidentemente, Kerstin y yo acabamos por hacer las paces. Nuestra despedida, varios días más tarde, rebosaba ternura.

—Tu mujer debe de echarte de menos, ¿no? —prosigue Harald.

Sobresaltado, levanto la cabeza. Perdido en mis pensamientos, casi había olvidado su presencia.

—Sí. Pero volveré pronto. Sin duda conseguiré un permiso antes de que acaben los cuatro meses de servicio.

Se apresura a asentir.

—¿Crees que te lo concederán?

—¿Y por qué no?

—Oh, qué sé yo... Eres mayor que yo, tienes más horas de vuelo.

Me mira con tanta admiración que dudo si decirle que ni siquiera he hecho el servicio militar. Mi única experiencia consiste en varias semanas de entrenamiento en un campa-

mento militar montado a toda prisa en el norte de Escania, durante la movilización, el otoño pasado. Todos los de mi año de nacimiento quedaron exentos del servicio militar con ocasión del desarme de Suecia; suprimieron los cuerpos de ejército, los regimientos y las unidades, con objeto de ahorrar. Hace apenas unos años, poca gente pensaba que estallaría una nueva guerra tan pronto.

—Esto..., en fin..., no sé si poseo tanta experiencia como todo eso —dije con falsa humildad—. Pero desde luego tenemos derecho a un permiso de vez en cuando. Para un bautizo, una boda o un entierro... entre otras cosas.

Harald se contenta con un breve «Ya veo».

Durante un buen rato no vuelve a dirigirme la palabra. Llego a creer que nuestra conversación ha concluido cuando, para mi gran sorpresa, vuelve a la carga.

—Yo no estoy casado. Mi padre murió hace algunos años, vivo en Limhamn con mi madre y mi hermana mayor, Gunilla. Pero curso mis estudios en Lund.

Observo su viejo abrigo y sus zapatos gastados. No tiene aspecto de estudiante. Sin duda se ha beneficiado de una beca cualquiera. Experimento una punzada de celos aunque finja desinterés. No le preguntaré lo que hace en la universidad, no le daré ese gusto al muy jactancioso. No obstante, sin que necesite hacerle la pregunta, Harald se apresura a informarme que estudia historia y que sueña con una licenciatura. Frunzo el ceño y exhibo tal expresión de incredulidad que pierde toda seguridad y empieza a farfullar.

—En todo caso es con lo que sueño. Pero, quién sabe, tal vez me vea obligado a abandonar los estudios para mantener a mi madre y a mi hermana. Ya veremos.

—Puede que aprendas mucho más trabajando que estu-

diando. Me parece un poco..., digamos..., asocial encerrarse de ese modo, rodeado de un montón de libros viejos.

Sí, debo admitirlo, me siento celoso. Harald asiente y luego, sorprendentemente, sonrío.

—Es posible... Sin duda aquí acumulamos mucha más experiencia —admite—. Lo cual no impide que mi madre se preocupe un poco por mí.

Me encojo de hombros. Experiencia, y un cuerno. Sus palabras no hacen sino confirmar la magnitud de su ignorancia y su ingenuidad.

—Es muy normal. Las madres... —digo vagamente, reajustándome la mochila a la espalda.

Yo tenía doce cuando mi madre murió, y mi padre la siguió apenas un año más tarde. Siento que me invade una gran fatiga, me apetece tumbarme, pero no hay manera con lo apretados que estamos. Me tiendo a medias y me arrebujó con el abrigo. Digo a Harald que necesito dormir. Parece un tanto decepcionado, pero cierro los ojos para demostrar que no estoy fingiendo. Ya estoy harto de esta conversación, de su mirada insistente, de su ingenuidad. Salta a la vista que busca un aliado, un protector, a fin de escapar de eventuales contrariedades. Pero yo no soy esa persona ni tengo vocación de ángel de la guarda.

Me vuelvo con un suspiro. Me gustaría gozar de un poco de paz, pensar en Kerstin, evocar las últimas horas pasadas juntos, su rostro cuando nos dijimos adiós. Y pensar que esta misma mañana, sentados a la mesa de la cocina, tomábamos juntos nuestro último desayuno...

A medida que avanza la noche, pierdo la noción del tiempo. La impaciencia y la inquietud que experimentaba al prin-

cipio del viaje han dado paso a momentos de indiferencia y apatía cada vez más prolongados. Consigo dormirme a ratos, pero la incomodidad, el frío y el bamboleo del vagón me despiertan sin cesar. Permanecemos pegados a la pared, con el cuello del abrigo subido y la cabeza balanceándose a sacudidas al ritmo del tren.

Frenazo. Chirridos. Me despierto. Por unos instantes no tengo la menor idea de dónde estoy. También a los demás los han sacado del sueño. Nos vociferan la orden de apearnos e inmediatamente después la puerta se abre desde el exterior. Todavía es de noche. El tren se ha detenido en una estación más importante. Me levanto despacio, agarrotado por el frío y las agujetas. Bajo a trancas y barrancas al andén. Harald, que me ha seguido, me tira con nerviosismo de la manga.

—Creía que no iba a hacerse nunca de día —dice—. Tengo las manos congeladas. Apenas he dormido.

—Pues ponte las manoplas —le suelto sin contemplaciones.

Entonces me doy cuenta de que ya lleva unos guantes gruesos. Le están demasiado grandes; sin duda los ha heredado de su padre.

En el horizonte despunta el día en un cielo descolorido. El frío es punzante. Algo más allá, unos soldados van llenando platos hondos con una sopa que hierve a fuego lento en grandes marmitas humeantes; un aroma a sopa se propaga por el aire fresco y límpido.

—El rancho —murmura uno de nosotros con desdén.

Yo habría preferido café y gachas de avena, pero tengo